

REYES, CITA CON EL PADRE DONOSTIA

RAMON ZULAICA

En casa le llamaban Pepe. Yo, tío José Antonio. Porque decirle aun capuchino «tío Pepe» me sonaba a revuelo de faldas, a juerga flamenca. Decidí pasar unos días de Zugarramurdi y aquella Navidad le escribí al convento, pidiendo carta de recomendación para el cura del pueblecito baztanés, antiguo alumno de Lecároz.

Mi entrada en Zugarramurdi resultó espectacular. Monté en La Baztanesa, autobús que enlaza San Sebastián con Zugarramurdi. Llegamos al final del trayecto sólo dos señoras ancianas y yo. Viajaba con mochila y aspecto tal vez un poco estrafalario: cazadora, bota canadiense, pantalón vaquero y boina grande. El tío José Antonio precisó: «La fonda está allí mismo, en la plaza». Descendí del autobús y como era de noche, anduve curioseando.

Durante el trayecto Elizondo-Zugarramurdi viajé sólo con dos ancianas, que no dejaron de cuchichear. Hablaban en euskera pero yo les entendía bien. Lo hacían en voz baja. «¿Quién será éste? Parece veterinario. ¿A ver si baja en Arizcun? ¿A ver si baja en Maya? ¿A ver si baja en Urdax?» Y nada, ante su asombro, me planté con ellas en Zugarramurdi. En cuanto dejaron el autobús, sin quitarme la vista de encima, empezaron a secretear con otras mujeres, con bastante poco disimulo. Transcurrieron minutos angustiosos. Aquella plaza estaba muy mal iluminada. Debí correr la especie y, de pronto, surgió un carabinero de la negrura. Traía capote, gorra de plato, guantes doblados en la mano derecha y sonrisa suspicaz debajo del bigote.

- Documentación, por favor.

Extraje la cartera y le largué, caducado, el Documento Nacional de Identidad.

- ¿Por qué vino hasta Zugarramurdi?

- Pues verás, es que yo... -no acertaba con palabras adecuadas para exponer al funcionario mi intención de entrar en contacto con las brujas.

Observando incertidumbre, el carabinero pregunta:

- ¿Profesión?

«Adiós Madrid» (esto no lo dije, lo pensé). Y tampoco supe contestar. El carabinero me miraba a los ojos. Y sin saber por qué, tal vez para salir de apuro, repuse:

- Poeta, soy poeta, simplemente.

El carabainero dio un brinco. Después de observarme de arriba a abajo y de recalar mirada en la mochila que tenía a mis pies, exclamó:

- Vaya, vaya, con que poeta ¿eh? Esto sí que tiene gracia. A mí con poetitas. Y en la mochila, qué trae, ¿versos?

El carabainero giraba a mi alrededor, golpeándose la palma de la mano izquierda con los guantes que llevaba en la derecha y, de vez en cuando, al pasar, tanteaba la mochila con la punta del zapatón. De pronto, iluminado por el Espíritu Santo, decidí jugar una baza fuerte:

- Sí, soy poeta -exclamé- pero también soy matemático.

Abrí la cartera y le mostré mi carnet de alumno de la Facultad de Ciencias Exactas, de Madrid.

- Y además, también... soy... sargento del Arma de Aviación, servicio de vuelo.

Y le mostré mi carnet de la Milicia Aérea Universitaria. El carabainero se cuadró y me dijo:

- A sus órdenes mi sargento. Perdone, voy a avisar al comandante.

El carabainero desapareció en la noche. Respiré. Volví la cabeza. Algunas mujeres espían en la oscuridad. En seguida volvió el carabainero acompañado de un sargento, que se encontraba en la taberna de la fonda. Me saludó muy amablemente y le invité a beber un coñac. Mi «colega» y yo hablamos del servicio, de la dura profesión, del puñetero contrabando. Me consta que luego se comentó en el pueblo que yo era no sé qué: militar, escritor, medio brujo, espía de los franceses y otras lindezas.

El invierno transcurría bonancible y casi todas las noches pude pasear por los campos abiertos de Zugarramurdi. De día contemplaba el delicioso País Vasco-Francés: Sara, Ainhoa, el Larún. Con frecuencia me encerraba a leer en las cuevas, cabe el prado del Akelarre. Encima del prado hay un caserío solitario. Junto a la boca, el techo de la cueva resulta bajo, pero luego la bóveda toma altura. Al fondo, un agujero a guisa de ventana despena un pequeño manantial. Tenía mucho interés en ver lo que sucedía la noche del 5 al 6 de enero. Cuentan, que en esa fecha, desde siempre, las brujas de Zugarramurdi celebran uno de sus más importantes akelarres. A las doce en punto me encontraba allí. Hacía una noche hermosa, con estrellas. Pero no sucedió nada. Tal vez mi presencia ahuyentó a las brujas.

En su carta, el Padre Donostia me recaló: «No dejes de venir a comer el día de Reyes». La víspera casi no dormí. Anduve por la cueva y por los prados hasta la hora del autobús, que salía de Zugarramurdi a las seis y media de la mañana. Bajé junto al puente, en el cruce de la carretera de Lecároz. Llegué al convento. El tío semejaba un pájaro. Subía los escalones de dos en dos; tras el cuello, la capucha flotante. Pisó el cordón del habito y casi cayó en una revuelta de la escalera. Fuimos a la biblioteca y el tío José Antonio me mostró libros antiguos que hablaban de brujas. Leímos también en la Historia de España, de Rivadeneira, párrafos sobre el proceso de Logroño,

donde quemaron a varias brujas de Zugarramurdi. Luego me enseñó la huerta y la vaquería. Hablamos de literatura, de teatro y de cine. Estaba muy impuesto en todo, cosa que me sorprendió tratándose de un fraile.

- Hoy comeremos bien -dijo el tío.

Dejamos atrás unas cuantas habitaciones y llegamos a un comedorcito privado, con paredes y puerta de cristal. Apareció un hermano lego:

- ¿Van a comer aquí o en comunidad? -preguntó

- Aquí, aquí.

- Entonces ya les cuidaré bien.

Nos sentamos a la mesa. En seguida nos bombardearon en canapés, fiambres, gambas, langostinos, ensaladilla, sopa de pato, tortilla de Lecároz, langosta a la americana, pollo, ternera asada, tarta, fruta, pastelitos de viento, una botella de champán, café, coñac, puro...

- ¿Desean algo más? -preguntó el hermanito.

- Pues hombre... de momento no.

Al desaparecer el hermanito por la puerta, me dijo el tío:

- Como comprenderás, no comemos así todos los días. En esta fecha, cada año, los padres...

- Me figuro. Ya sé que os dedicáis a la enseñanza.

El tío se encontraba de muy buen humor. Se le habían coloreado las mejillas y la barba rala la tenía más puntiaguda que nunca. Pero de pronto se enfadó:

- ¿Cómo es posible que mis hermanos no hayan traído por aquí a todos los hijos? Lecároz es un poco la prolongación de nuestra familia. Mis padres, tus abuelos, querían mucho al colegio, regalaron el órgano...

Me excusé diciendo que ya había pasado por las aulas de Lecároz.

- Sí, pero sólo unos meses.

- Es que pillé pulmonía.

- No importa. En Lecároz nadie muere de pulmonía.

- No, pero te dan carabaña; prefiero el champán francés.

- Nada de bromas, vuestros hijos, la tercera generación, tiene que pasar por Lecároz.

- ¿....?

Como ya conocía la afición de mi tío por la siesta, y temiendo quedarme solo y aburrido en un convento que digería banquete, le propuse que, al órgano, animara la sobremesa con algunas de sus composiciones. No le hizo ni pizca de gracia, pero al fin accedió.

- Estoy revisando una misa «pro defunctis», ya verás.

En la iglesia hacía bastante frío. Subimos al coro. Se plantó de un salto delante del teclado y empezó a tocar. Yo me senté. Entre los barrotes de la barandilla se distinguía el altar mayor. No sé si uno o dos altares mayores. De pronto me sentí zarandeado.

- He procurado dominarme. Interpreté el Kyrie, el Agnus Dei, el Ofertorio, lo más difícil de todo: el Ofertorio y tú aquí roncando como un bendito mientras yo dejaba la siesta para complacerte.

En fin, la típica reprimenda zulaikística. Después de merendar con cierta delectación me despedí de mi querido tío José Antonio. Ahora está en el cielo y aquel teclado del órgano, que regalaron sus padres, lo pulsa otra sensibilidad. Sólo restan la obra y los recuerdos; pero cuando la obra es Arte, cabalga imperecedera por los siglos de los siglos.